

Judith

del *Cotton Vitellius A. XV*
ff. 202r-209v

Texto y traducción del inglés antiguo
JORGE LUIS BUENO ALONSO

Estudio y comentario
LAURA TORRADO MARIÑAS

Universidade de Vigo
Servizo de Publicacións
2012

MONOGRAFÍAS DA UNIVERSIDADE DE VIGO.
HUMANIDADES E CIENCIAS XURÍDICO SOCIAIS; 93

Judith del Cotton Vitellius A. XV, ff. 202r-209v / Texto y traducción del inglés antiguo Jorge Luis Bueno Alonso ; estudio y comentario Laura Torrado Mariñas

Vigo :Universidade de Vigo, Servizo de Publicacións, 2012

154 p. ; 17x24 cm. – (Monografías da Universidade de Vigo. Humanidades e ciencias xurídico sociais ; 93)

D.L. VG 824-2012 – ISBN 978-84-8158-595-7

1. Judith (Poema anglosajón) 2. Poesía épica inglesa (inglés antiguo) – Historia y crítica I. Bueno Alonso, Jorge Luis II. Torrado Mariñas, Laura III. Universidade de Vigo. Servizo de Publicacións, ed.

820”07”

82-1”07”

82.09

Edición:

Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo

Edificio da Biblioteca Central

Campus de Vigo

36310 Vigo

Telf.. 986 812 235

sep@uvigo.es

© Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo, 2012

© Jorge Luis Bueno Alonso, Laura Torrado Mariñas

© Foto de portada, Mari Luz Vidal, para la obra Dar patadas para no desaparecer del Colectivo 96°

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-8158-595-7

D.L.: VG 824-2012

Imprime: Tórculo Artes Gráficas, S.A.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluidos fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información e sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servizo de publicacións da Universidade de Vigo

Judith

del *Cotton Vitellius A. XV*
ff. 202r-209v

Texto y traducción del inglés antiguo
JORGE LUIS BUENO ALONSO

Estudio y comentario
LAURA TORRADO MARIÑAS

Esto, como casi todo, va para mi mujer, mi hija y mi hijo:
Ana, auspicio de alegría en las auroras.
Helena, hermosa heroína del hablar.
Carlos C., creciente causa de cariño.
Los tres acentos principales que aliteran el verso de mi vida.
It lufje eom.

J. L. B. A.

A Emilio, Pacho y Michel: dos líneas no son suficientes para agradecer
vuestro apoyo y ánimo incondicional en el viaje de la vida.
Sin vosotros, este libro no sería lo mismo, ni yo tampoco.

L. T. M.

Agradecimientos

Queremos agradecerle al profesor Kevin S. Kiernan, *Marshall Hahn Sr. Professor of Arts and Sciences Emeritus* de la Universidad de Kentucky su gentileza a la hora de permitirnos consultar materiales que más tarde aparecerían publicados en su *Electronic Beowulf* (British Library 2011). Poder consultar los materiales con anterioridad nos ha sido de gran ayuda. Al profesor Hugh Magennis, catedrático de inglés antiguo de la *Queen's University Belfast*, le damos igualmente las gracias por las sugerencias compartidas con nosotros durante las sesiones del vigésimotercero congreso internacional de la *Spanish Society for Medieval English Language and Literature*, celebrado en la Universidad de Huelva en septiembre de 2011. En estos tiempos, digamos oscuros, para los estudios humanísticos tener la ocasión de compartir inquietudes docentes e investigadoras con eminentes colegas de diversas partes del mundo da mucho ánimo para llevar a buen puerto tareas académicas como la que nos ocupa en este volumen.

Gracias igualmente a los dos evaluadores anónimos del presente trabajo que enviaron sendos informes con un buen número de sugerencias y puntualizaciones –fruto de una atenta lectura– que sin duda han contribuido a mejorar el resultado final que aquí se presenta.

Queremos agradecer también a Mari Luz Vidal, fotógrafa, y a Lidia González Zoilo, artista del del *colectivo 96º* y modelo en la fotografía de portada, su amabilidad a la hora de gestionar los derechos para usar su estupenda obra como imagen de nuestro libro. Cuando le contamos a Lidia que su retrato/recreación presidió todo el proceso de elaboración de este libro, a modo de inspiración, no tuvo inconveniente en ponernos en contacto con Mari Luz y en acceder a ser la imagen de nuestra *Judith*. El uso de esta fotografía quiere reivindicar en cierta medida la unión entre la literatura y el resto de las artes, tan necesarias las unas de la otra para entender no solo la modernidad sino nuestra comprensión contemporánea del mundo antiguo. Gracias a las dos por la imagen y la dramaturgia, elementos tan presentes en la poesía del inglés antiguo.

Last but not least, queremos agradecer aquí la ayuda que para la realización de este trabajo nos ha prestado el proyecto FFI2009-11274/FILO, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, a través de su Dirección General de Investigación. También deseamos expresar nuestro agradecimiento al Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER), al Gobierno Autónomo de Galicia (Subdirección Xeral de Promoción Científica e Tecnolóxica Universitaria, beca nº CN2011/011, y Plan de Axudas para a consolidación e estruturación de unidades de investigación competitivas do Sistema Universitario Galego, nº CN-2012/294) y a la Consellería de Educación e Ordenación Universitaria, a través de su Plan Galego de Investigación, Innovación e Crecemento 2011-2015 (Plan I2C).

Jorge Luis Bueno Alonso
Laura Torrado Mariñas

ÍNDICE DE CONTENIDOS

Agradecimientos	i
INDICE DE CONTENIDOS	iii
PRELIMINARES: ¿POR QUÉ <i>JUDITH</i> ?	1
1. <i>JUDITH</i> : TEXTO Y TRADUCCIÓN DEL INGLÉS ANTIGUO	6
1.1. Procedimientos editoriales	7
1.2. El texto de <i>Judith</i> en inglés antiguo	9
1.3. <i>Judith</i> : Traducción en verso aliterativo	19
2. <i>JUDITH</i> : ESTUDIO Y COMENTARIO	34
2.1. Consideraciones previas al comentario	35
2.2. Aspectos preliminares	41
2.2.1. <i>Contexto socio-cultural e histórico</i>	41
2.2.2. <i>Contexto literario y crítico</i>	51
2.2.3. <i>El Códice Nowell: Datación, autoría e historia editorial</i>	54
2.2.4. <i>Interrelaciones bíblicas: Otras interpretaciones del Libro de Judith</i>	67
2.3. Análisis formal	72
2.3.1. <i>Género</i>	72
2.3.2. <i>La lengua del poema: Estándar y rasgos dialectales</i>	78
2.3.3. <i>Aliteración, métrica y ritmo</i>	83
2.3.4. <i>Presentación de los personajes</i>	88
2.3.5. <i>Una última observación sobre la naturaleza de la poesía anglosajona</i>	96
2.4. Análisis temático	98
2.4.1. <i>La herencia germánica en Judith</i>	98
2.4.2. <i>Divergencias cristianas: El sincretismo en Judith</i>	116
2.5. Conclusiones al comentario	127
BIBLIOGRAFÍA	133

Preliminares:
¿Por qué *Judith*?

JORGE LUIS BUENO ALONSO
LAURA TORRADO MARIÑAS

De los cuatro códices que contienen el total de las composiciones poéticas que los compiladores y copistas de la literatura anglosajona fijaron por escrito para su transmisión y supervivencia, quizás sea el *Cotton Vitellius AXV* uno de los más importantes histórica y literariamente hablando. En él se contiene el mejor, más completo y más importante poema de todo el corpus literario del inglés antiguo: *Beowulf*. Pero los compiladores de este manuscrito no incluyeron solo este poema fundamental sino que lo acompañaron de otros textos poéticos y en prosa para construir un todo de cinco textos: *La vida de San Cristóbal*, *Las Maravillas del Este*, la *Carta de Aristóteles a Alejandro*, el mencionado *Beowulf* y *Judith*. De hecho, dos todos, pues el *Cotton Vitellius A XV* se compone de dos códices distintos, el *Southwick* y el *Nowell*, que fueron encuadernados juntos por el azar de una mano anónima en el siglo XVI o en el XVII; en esto, como en tantas otras cosas de la literatura medieval, no estamos seguros. Es el *Nowell* el que contiene los cinco textos antes mencionados, aunque desde esta fusión azarosa, la crítica siempre se suele referir al conjunto del códice como *Cotton Vitellius A XV*.

Si el azar unió los dos códices, ¿qué unió los cinco textos del *Nowell*? ¿Cuál es el denominador común que da unidad a estos textos? Esta buena pregunta lleva complicándole la vida a los anglosajonistas casi desde el comienzo académico de la disciplina a finales del siglo XIX. Parece que, para no darle más vueltas, lo único que los cinco textos tienen en común es una referencia sistemática a lo humano y a lo monstruoso. Es decir, el *Nowell* sería una compilación de historias sobre hombres y monstruos, o, como apuntaba hace poco Andy Orchard (2007: 64), “a kind of ‘Big Boys’ Bumper Book of

Monsters, pictures and all”. Dejando a un lado las motivaciones de los textos en prosa, hay común acuerdo entre la crítica especializada en señalar a los textos poéticos, *Beowulf* y *Judith*, como las dos obras más importantes de todo el *Nowell* y a la postre del *Cotton Vitellius AXV*.

Es evidente que la calidad y la importancia de una obra fundamental como *Beowulf* ha oscurecido el valor de *Judith* como texto literario. Su carácter incompleto y fragmentado no debe restarle calidad como texto literario, como ejemplo de gran poema donde las técnicas y los recursos expresivos de la poesía anglosajona se despliegan con gran maestría para ofrecernos una pieza poética que podemos disfrutar, en primer lugar, como obra literaria por sí misma (de vivas imágenes, recio estilo y gran belleza épica) y, en segundo lugar, como fuente temática para comprender el *Weltanschauung* anglosajón. Lo que nos queda del texto, al igual que sucede con otras grandes obras poéticas del periodo como *La Batalla de Maldon*, es más que suficiente para hacerle ocupar un lugar relevante en la épica del inglés antiguo. Que esté folio con folio al lado de la gran obra épica de la literatura medieval inglesa, *Beowulf*, quizás no sea tan solo fruto del azar.

Por motivos obvios, *Judith* no ha recibido tanta atención como su *partenaire* poético del *Cotton Vitellius AXV*. Cada año, el *Old English Newsletter* – que presenta la evaluación crítica de todo lo que de interés académico se publica en el campo de los estudios sobre inglés antiguo– presenta muy pocos estudios, a veces ninguno, sobre el texto que nos ocupa, mientras que la sección de *Beowulf* crece sin cesar y es con mucho la más densa en trabajos. Es evidente que la mejor obra de toda la literatura anglosajona atrae casi toda la atención de los especialistas. Pero en ocasiones es interesante posar la mirada sobre textos considerados “menores” para comprobar con rigor como incluso en ellos lo mejor de la poesía anglosajona aflora para confirmar la calidad de la

literatura del inglés antiguo en su conjunto. A esto es a lo que el presente volumen quiere contribuir.

Presentamos, pues, aquí un estudio sobre *Judith* que creemos resulta pionero por diversos motivos. En primer lugar, porque al contrario que en la mayoría de las ediciones críticas de índole semejante a la nuestra, el análisis suele preceder al comentario. Aquí queremos que el lector —especialista o tan solo interesado en los textos del medioevo inglés o en las historias de corte germánico/épico/heróico— se sumerja desde el principio en el texto. El poema es el centro de todo y la lectura inicial de la obra, de lo que el texto nos dice, debe ser siempre la primera actividad. Traemos, pues, el texto al frente, la poesía al frente del trabajo, y nos vamos al código para realizar una lectura editorial de lo allí contenido que el especialista sin duda disfrutará y que constituye el texto base de lo ofrecido en segundo lugar: la primera traducción en verso aliterativa al español de *Judith*. No nos consta que exista ninguna traducción anterior, ni en prosa ni en verso, por lo que ofrecer por vez primera al público lector el texto de *Judith* y hacerlo siguiendo un modelo poético que traslade a la lengua española toda la fuerza del estilo de versificación original, nos parece algo necesario y relevante en un trabajo como este. Aunque sí existen algunos artículos especializados y una gran tesis doctoral (Erussard 2001), en el mundo de los estudios medievales ingleses en la academia española no nos consta igualmente ningún estudio crítico publicado sobre *Judith*; de ahí, que lo ofrecido en tercer lugar en este volumen tenga su importancia: el estudio y comentario de la obra a todos los niveles.

De este modo, el lector se encontrará en primer lugar con una sección que bajo el título de “*Judith*: texto y traducción del inglés antiguo” presenta, tras la necesaria exposición de los procedimientos editoriales adoptados, ambos textos literarios objeto del presente volumen: el original anglosajón de *Judith* y su traducción en verso aliterativo al español. Tras enfrentarse al texto poético en

ambas formas, seguidamente se presenta la sección segunda que bajo el título de “*Judith*: Estudio y Comentario” ofrece un análisis detallado del texto tanto en sus aspectos formales como en sus elementos temáticos, sin dejar de lado las necesarias cuestiones preliminares de carácter contextual.

Hemos querido también alejarnos de lo que viene siendo práctica habitual dentro de la academia española en obras de esta índole. Lejos de escondernos en una autoría compartida creemos firmemente en la colaboración y hemos querido señalar la responsabilidad de cada cual y ser honestos con nuestro trabajo. De esta forma, ámbos nos erigimos en co-autores del volumen –no en vano hemos realizado una puesta en común de los contenidos, discutido los resultados entre nosotros y realizado la labor editorial– pero destacando con claridad la autoría individual de las dos partes que componen esta obra. En esto, hemos sido a la vez elegiacos y épicos en el sentido literario anglosajón de estos términos, pues hemos sido individuos enfrentados a nosotros mismos en nuestras tareas personales de editor/traductor y de analista/comentarista y nos hemos enfrentado posteriormente al grupo (formado por dos en este caso) para presentar la obra final. Las dos tareas nos han sido enormemente gratas. Esperamos sinceramente que el lector, participante igualmente épico de ese grupo llamado público lector al que ahora enviamos nuestro trabajo, disfrute tanto como nosotros en este viaje de descubrimiento literario que proponemos con *Judith: Texto, Estudio, Traducción*.

**1. *Judith*: Texto y Traducción del
Inglés Antiguo**

al cuidado de
JORGE LUIS BUENO ALONSO

1.1. Procedimientos editoriales.

Dado que el presente volumen no constituye una edición crítica al uso del texto de *Judith*, no tendría sentido incluir una transcripción/edición del texto anglosajón en el formato habitual de tales ediciones: es decir, presentación casi diplomática con texto profusamente anotado y glosado con sus variantes, lecturas, amplias notas, glosario completo, etc. Ese trabajo ya ha sido realizado por muchos y muy buenos especialistas entre los que sin duda destaca Mark Griffith (1997) y su monumental, canónica e imprescindible edición del texto. Mi objetivo es más modesto, sin duda más ajustado al sentido y a la función del volumen aquí presentado, y totalmente conectado con el hecho traductológico.

Ya he expuesto con anterioridad (Bueno 2010: 22-23) que a la hora de traducir un texto del inglés antiguo todo traductor se enfrenta fundamentalmente a dos posibilidades: o bien seguir una de las muchas y muy buenas ediciones críticas del texto anglosajón o bien realizar él mismo una lectura editorial del texto desde el manuscrito original. Lo más deseable, en mi opinión, sería mezclar ambas opciones y realizar una primera lectura y transcripción editorial —que no edición— para más tarde cotejar el texto obtenido con algunas ediciones clásicas a la hora de tomar decisiones, resolver problemas en líneas complejas y defender una determinada lectura textual. No es preciso, creo, ofrecer una edición del texto con un abundante aparato crítico para tener un texto fuente que traducir. Siempre he defendido que cada traductor de lenguas, digamos, clásicas o antiguas, tiene la obligación de acercarse al texto original produciendo una edición sencilla del mismo que refleje su lectura editorial del manuscrito: esto es, una edición del texto que sea la adecuada para constituirse

en texto fuente de la traducción y que pudiese acompañar al texto traducido en una edición bilingüe, como es el caso de lo ofrecido en la parte primera del presente volumen.

Este es el tipo de edición a modo de lectura editorial del traductor que he preparado y usado como texto fuente de mi traducción de *Judith*. Hoy en día estas tareas son mucho más fáciles de hacer que en el pasado debido a la existencia de ediciones digitales pensadas precisamente para estos fines. El texto de *Judith*, como parte del *Cotton Vitellius AXV* se encuentra digitalizado en la magnífica edición en CD-Rom al cuidado de Kevin S. Kiernan (2000), quien acaba de publicar una edición técnicamente mejorada y muy ampliada (Kiernan 2011) de dicho trabajo, ya en DVD y con todas las actualizaciones pertinentes de lo mucho publicado en esta pasada década. En mi lectura editorial no solo he tenido en cuenta el texto digitalizado en estas ediciones sino que también ha llevado a cabo un cotejo de los problemas clave del texto con las principales ediciones clásicas en la crítica de *Judith*: la ya mencionada de Mark Griffith (1997) y la más reciente del *reader* de Richard Marsden (2005). Como ejemplo de lectura editorial similar a la que aquí se ofrece también he revisado la tercera edición de la antología de Elaine Treharne (2010) y la muy reciente edición incluida en la antología de Richard North, Joe Allard y Patricia Gillies (2011). Cuando se encuentran problemas en líneas complejas o dudosas siempre he realizado un cotejo del texto con las ediciones mencionadas con el deseo de ofrecerle al lector el mejor punto de vista en cada caso, aquel que muestra un mayor acuerdo entre los especialistas. En otros aspectos editoriales –uso de mayúsculas, puntuación, separación física entre hemistíquios, convenciones ortotipográficas (expansión de *thorns* cruzadas, signo 7 para “ond”, etc)– sigo las convenciones generales de la mayoría de los editores.

Este es el tipo de lectura editorial que considero necesaria para ofrecer un texto claro y fiel que pueda usar el traductor como texto de partida en su

labor traductológica. Ni que decir tiene que las decisiones finales son mi responsabilidad y se reflejan en la traducción. En esto, estoy de acuerdo con Elaine Treharne (2010: xxxvi) cuando afirma que toda edición –y por ende toda traducción subsiguiente– constituye en sí misma la interpretación textual del editor e impone una lectura subjetiva del texto que en ningún caso reemplaza a la lectura del texto original. Con ese objetivo se ha incluido aquí el texto en inglés antiguo de *Judith*.

1.2. El texto de *Judith* en Inglés Antiguo.

Siguiendo lo expuesto en el apartado anterior se presenta seguidamente el texto en inglés antiguo de *Judith* en transcripción de los folios 202r al 209v del *Cotton Vitellius AXV* (Kiernan 2000 & 2011):

JUDITH

Inicio (versos 1-14)

	(...) tweode
gifena in ðys ginnan grunde.	Heo ðar ða gearwe funde
mundbyrd æt ðam mæran þeodne,	þa heo ahte mæste þearfe,
hyldo þæs hehstan deman,	þæt he hie wið þæs hehstan brogan
gefriðode, frymða waldend.	Hyre ðæs fæder on roderum
torhtmod tiðe gefremede,	þe heo ahte trumne geleafan
a to ðam ælmihtigan.	Gefrægen ic ða Holofernus
winhatan wyrcean georne	ond eallum wundrum þrymlic
girwan up swæsendo.	To ðam het se gumena baldor
ealle ða yldestan ðegnas;	hie ðæt ofstum miclum
ræfndon, rondwiggende,	comon to ðam rican þeodne
feran, folces ræswan.	þæt wæs þy feorðan dogore

þæs ðe Iudith hyne, gleaw on geðonce,
ides ælfscinu, ærest gesohte.

X (versos 15-121)

Hie ða to ðam symle sittan eodon,
wlance to wingedrince, ealle his weagesiðas,
bealde byrnwiggende. Þær wæron bollan steape
boren æfter bencum gelome, swylce eac bunan ond orcas
fulle fletsittendum; hie þæt fæge þegon,
rofe rondwiggende, þeah ðæs se rica ne wende,
egesful eorla dryhten. Ða wearð Holofernus,
goldwine gumena, on gytesalum,
hloh ond hlydde, hlynede ond dynede,
þæt mihten fira bearn feorran gehyran
hu se stiðmoda styrmde ond gylede,
modig ond medugal, manode geneahhe
bencsittende þæt hi gebærdon wel.
Swa se inwidda ofer ealne dæg
dryhtguman sine drencte mid wine,
swiðmod sinces brytta, oðþæt hie on swiman lagon,
oferdrencte his duguðe ealle, swylce hie wæron deaðe geslegene,
agotene goda gehwylces. Swa het se gumena aldor
fylgan fletsittendum, oðþæt fira bearnum
nealæhte niht seo þystre. Het ða niða geblonden
þa eadigan mægð ofstum fetigan
to his bedreste beagum gehlæste,
hringum gehrodene. Hie hraðe fremedon,
anbyhtscaelcas, swa him heora ealdor bebead,
byrnwigena brego, bearhtme stopon
to ðam gysterne, þær hie Iudithðe
fundon ferhðgleawe, ond ða fromlice
lindwiggende lædan ongunnon
þa torhtan mægð to træfe þam hean,
þær se rica hyne reste on symbel

nihtes inne, nergende lað,
 Holofernus. Þær wæs eallgylden
 fleohnet fæger ymbe þæs folctogan
 bed ahongen, þæt se bealofulla
 mihte wlitan þurh, wigena baldor,
 on æghwylcne þe ðær inne com
 hæleða bearna, ond on hyne nænig
 monna cynnes, nymðe se modiga hwæne
 niðe rofra him þe near hete
 rinca to rune gegangan. Hie ða on reste gebrohton
 snude ða snoteran idese; eodon ða stercedferhðe,
 hæleð heora hearran cyðan þæt wæs seo halige meowle
 gebroht on his burgetelde. Þa wearð se brema on mode
 bliðe, burga ealdor, þohte ða beorhtan idese
 mid widle ond mid womme besmitan. Ne wolde þæt wuldres dema
 geðafian, þrymmes hyrde, ac he him þæs ðinges gestyrde,
 dryhten, dugeða waldend. Gewat ða se deofulcunda,
 galferhð gumena ðreate
 bealofull his beddes neosan, þær he sceolde his blæd forleosan
 ædre binnan anre nihte; hæfde ða his ende gebidenne
 on eorðan unswæslcne, swylcne he ær æfter worhte,
 þearlmod ðeoden gumena, þenden he on ðysse worulde
 wunode under wolcna hrofe. Gefeol ða wine swa druncen
 se rica on his reste middan, swa he nyste ræda nanne
 on gewitlocan. Wiggend stopon
 ut of ðam inne ofstum miclum,
 weras winsade, þe ðone wærlogan,
 laðne leodhatan, læddon to bedde
 nehstan siðe. Þa wæs nergendes
 þeowen þrymful, þearle gemyndig
 hu heo þone atolan eaðost mihte
 ealdre benæman ær se unsyfra,
 womfull, onwoce. Genam ða wundenlocc
 scyppendes mægð scearpne mece,
 scurum heardne, ond of sceaðe abræd

swiðran folme; ongan ða swegles weard
 be naman nemnan, nergend ealra
 woruldbuendra, ond þæt word acwæð:
 "Ic ðe, frymða god ond frofre gæst,
 bearn alwaldan, biddan wyllle
 miltse þinre me þearfendre,
 ðrynesse ðrym. Þearle ys me nu ða
 heorte onhæted ond hige geomor,
 swyðe mid sorgum gedrefed. Forgif me, swegles ealdor,
 sigor ond soðne geleafan, þæt ic mid þys sweorde mote
 geheawan þysne mordres bryttan; geunne me minra gesynta,
 þearlmod þeoden gumena. Nahte ic þinre næfre
 miltse þon maran þearfe. Gewrec nu, mihtig dryhten,
 torhtmod tires brytta, þæt me ys þus torne on mode,
 hate on hreðre minum." Hi ða se hehsta dema
 ædre mid elne onbryrde, swa he deð anra gehwylcne
 herbuendra þe hyne him to helpe seceð
 mid ræde ond mid rihte geleafan. Þa wearð hyre rume on mode,
 haligre hyht geniwod; genam ða þone hæðenan mannan
 fæste be feaxe sinum, teah hyne folmum wið hyre weard
 bysmerlice, ond þone bealofullan
 listum alede, laðne mannan,
 swa heo ðæs unlædan eaðost mihte
 wel gewealdan. Sloh ða wundenlocc
 þone feondsceaðan fagum mece,
 hetepocolne, þæt heo healfne forcearf
 þone sweoran him, þæt he on swiman læg,
 druncen ond dolhwund. Næs ða dead þa gyt,
 ealles orsawle; sloh ða eornoste
 ides ellenrof oðre siðe
 þone hæðenan hund, þæt him þæt heafod wand
 forð on ða flore. Læg se fula leap
 gesne bæftan, gæst ellor hwearf
 under neowelne næs ond ðær genyðerad wæs,
 susle gesæled syððan æfre,

wyrmum bewunden, wítum gebunden,
 hearde gehæfted in hellebryne
 æfter hinsíðe. Ne ðearf he hopian no,
 þystrum forðylmed, þæt he ðonan mote
 of ðam wyrmsele, ac ðær wunian sceal
 awa to aldre butan ende forð
 in ðam heolstran ham, hyhtwynna leas.

XI (versos 122-235)

Hæfde ða gefohten foremærne blæd
 Iudith æt guðe, swa hyre god uðe,
 swegles ealdor, þe hyre sigores onleah.
 þa seo snotere mægð snude gebrohte
 þæs herewæðan heafod swa blodig
 on ðam fætelse þe hyre foregenga,
 blachleor ides, hyra begea nest,
 ðeawum geðungen, þyder on lædde,
 ond hit þa swa heolfrig hyre on hond ageaf,
 higeðoncolre, ham to berenne,
 Iudith gingran sinre. Eodon ða gegnum þanonne
 þa idesa ba ellenþriste,
 oðþæt hie becomon, collenferhðe,
 eadhreðige mægð, ut of ðam herige,
 þæt hie sweotollice geseon mihten
 þære wlitegan byrig weallas blican,
 Bethuliam. Hie ða beahhrodene
 feðelaste forð onettan,
 oð hie glædmode gegan hæfdon
 to ðam wealgate. Wiggend sæton,
 weras wæccende wearde heoldon
 in ðam fæstenne, swa ðam folce ær
 geomormodum Iudith bebead,
 searoðoncol mægð, þa heo on sið gewat,
 ides ellenrof. Wæs ða eft cumen
 leof to leodum, ond ða lungre het

gleawhydig wif gumena sumne
 of ðære ginnan byrig hyre togeanes gan,
 ond hi ofostlice in forlæton
 þurh ðæs wealles geat, ond þæt word acwæð
 to ðam sigefolce: "Ic eow secgan mæg
 þoncwyrdæ þing, þæt ge ne þyrfen leng
 murnan on mode. Eow ys metod bliðe,
 cyninga wuldor; þæt gecyðed wearð
 geond woruld wide, þæt eow ys wuldorblæd
 torhtlic toward ond tir gifeðe
 þara læðða þe ge lange drugon."
 Þa wurdon bliðe burhsittende,
 syððan hi gehyrdon hu seo halige spræc
 ofer heanne weall. Here wæs on lustum.
 Wið þæs fæstengeates folc onette,
 weras wif somod, wornum ond heapum,
 ðreatum ond ðrymmum þrungon ond urnon
 ongean ða þeodnes mægð þusendmælum,
 ealde ge geonge. Æghwylcum wearð
 men on ðære medobyrig mod areted,
 syððan hie ongeaton þæt wæs Iudith cumen
 eft to eðle, ond ða ofostlice
 hie mid eaðmedum in forleton.
 þa seo gleawe het, golde gefrætewod,
 hyre ðinenne þancolmode
 þæs herewæðan heafod onwriðan
 ond hyt to behðe blodig ætywan
 þam burhleodum, hu hyre æt beaduwe gespeow.
 Spræc ða seo æðele to eallum þam folce:
 "Her ge magon sweotole, sigerofe hæleð,
 leoda ræswan, on ðæs laðestan
 hæðenes heaðorinces heafod starian,
 Holofernus unlyfigendes,
 þe us monna mæst morðra gefremede,
 sarra sorga, ond þæt swyðor gyt

ycan wolde, ac him ne uðe god
 lengran lifes, þæt he mid læððum us
 eglan moste; ic him ealdor oðþrong
 þurh godes fultum. Nu ic gumena gehwæne
 þyssa burgleoda biddan wylle,
 randwiggendra, þæt ge recene eow
 fysan to gefeohte. Syððan frymða god,
 arfæst cyning, eastan sende
 leohtne leoman, berað linde forð,
 bord for breostum ond byrnhomas,
 scire helmas in sceaðena gemong,
 fyllan folctogan fagum sweordum,
 fæge frumgaras. Fynd syndon eowere
 gedemed to deaðe, ond ge dom agon,
 tir æt tohtan, swa eow getacnod hafað
 mihtig dryhten þurh mine hand."
 Ða wearð snelra werod snude gegearwod,
 cenra to campe. Stopon cynerofe
 secgas ond gesiðas, bæron sigeþufas,
 foron to gefeohte forð on gerihte,
 hæleð under helmum, of ðære haligan byrig
 on ðæt dægred sylf. Dynedan scildas,
 hlude hlummon. Þæs se hlanca gefeah
 wulf in walde, ond se wanna hrefn,
 wælgifre fugel. Wistan begen
 þæt him ða þeodguman þohton tilian
 fülle on fægum; ac him fleah on last
 earn ætes georn, urigfeðera,
 salowigpada sang hildeleoð,
 hyrnednebba. Stopon heaðorincas,
 beornas to beadowe, bordum beðeahte,
 hwealfum lindum, þa ðe hwile ær
 elðeodigra edwit þoledon,
 hæðenra hosp. Him þæt hearde wearð
 æt ðam æscplegan eallum forgolden,

Assyrium, syððan Ebreas
 under guðfanum gegan hæfdon
 to ðam fyrdwicum. Hie ða fromlice
 leton forð fleogan flana scuras,
 hildenædran, of hornbogan,
 strælas stedehearde; styrmdon hlude
 grame guðfrecan, garas sendon
 in heardra gemang. Hæleð wæron yrre,
 landbuende, laðum cynne,
 stopon styrmode, stercedferhðe,
 wrehton unsofte ealdgeniðlan
 medowerige; mundum brugdon
 scealcas of sceaðum scirmæled swyrd,
 ecgum gecoste, slogon eornoste
 Assiria oretmæcgas,
 niðhycgende, nanne ne sparedon
 þæs herefolces, heanne ne ricne,
 cwicera manna þe hie ofercuman mihton.

XII (versos 236-349)

Swa ða magoþegnas on ða morgentid
 ehton elðeoda ealle þrage,
 oðþæt ongeaton ða ðe grame wæron,
 ðæs herefolces heafodweardas,
 þæt him swyrdgeswing swiðlic eowdon
 veras Ebrisce. Hie wordum þæt
 þam yldestan ealdorþegnum
 cyðan eodon, wrehton cumbolwigan
 ond him forhtlice færspel bodedon,
 medowerigum morgencollan,
 atolne ecgplegan. Ða ic ædre gefrægn
 slegefæge hæleð slæpe tobredon
 ond wið þæs bealofullan burgeteldes
 werigferhðe hwearfum þringan,

Holofernus. Hogedon aninga
 hyra hlaforde hilde bodian,
 ærðon ðe him se egesa on ufan sæte,
 mægen Ebraea. Mynton ealle
 þæt se beorna brego ond seo beorhte mægð
 in ðam wlitegan træfe wæron ætsomne,
 Iudith seo æðele ond se galmoda,
 egesfull ond afor. Næs ðeah eorla nan
 þe ðone wiggend aweccan dorste
 oððe gecunnian hu ðone cumbolwigan
 wið ða halgan mægð hæfde geworden,
 metodes meowlan. Mægen nealæhte,
 folc Ebraea, fuhton þearle
 heardum heoruwæpnum, hæfte guldon
 hyra fyrngeflitu, fagum swyrdum,
 ealde æfðoncan; Assyria wearð
 on ðam dægeweorce dom geswiðrod,
 bælc forbigeð. Beornas stodon
 ymbe hyra þeodnes træf þearle gebylde,
 sweorcendferhðe. Hi ða somod ealle
 ongunnon cohhetan, cirman hlude
 ond gristbitian, gode orfeorme,
 mid toðon torn þoligende. Þa wæs hyra tires æt ende,
 eades ond ellendæda. Hogedon þa eorlas aweccan
 hyra winedryhten; him wiht ne speow.
 Þa wearð sið ond late sum to ðam arod
 þara beadorinca, þæt he in þæt burgeteld
 niðheard neðde, swa hyne nyd fordraf.
 Funde ða on bedde blacne licgan
 his goldgifan gæstes gesne,
 lifes belidenne. He þa lungre gefeoll
 freorig to foldan, ongan his feax teran,
 hreoh on mode, ond his hrægl somod,
 ond þæt word acwæð to ðam wiggendum
 þe ðær unrote ute wæron:

"Her ys geswutelod ure sylfra forwyrð,
 toward getacnod þæt þære tide ys
 mid niðum neah geðrunge, þe we sculon nyde losian,
 somod æt sæcce forweorðan. Her lið sweorde geheawen,
 beheafdod healdend ure." Hi ða hreowigmode
 wurpon hyra wæpen of dune, gewitan him werigferhðe
 on fleam sceacan. Him mon feaht on last,
 mægeneacen folc, oð se mæsta dæl
 þæs heriges læg hilde gesæged
 on ðam sigewonge, sweordum geheawen,
 wulfum to willan ond eac wælgifrum
 fuglum to frofre. Flugon ða ðe lyfdon,
 laðra lindwerod. Him on laste for
 sweot Ebrea sigore geweorðod,
 dome gedyrsoð; him feng dryhten god
 fægre on fultum, frea ælmihtig.
 Hi ða fromlice fagum swyrdum,
 hæleð higerofe, herpað worhton
 þurh laðra gemong, linde heowon,
 scildburh scæron. Sceotend wæron
 guðe gegremede, guman Ebrisce;
 þegnas on ða tid þearle gelyste
 gargewinnes. Þær on gret gefeoll
 se hyhsta dæl heafodgerimes
 Assiria ealdorduguðe,
 laðan cynnes. Lythwon becom
 cwicera to cyððe. Cirdon cynerofe,
 wiggend on wiðertrod, wælsceol on innan,
 reocende hræw. Rum wæs to nimanne
 londbuendum on ðam laðestan,
 hyra ealdfeondum unlyfigendum
 heolfrig herereaf, hyrsta scyne,
 bord ond bradswyrð, brune helmas,
 dyre madmas. Hæfdon domlice
 on ðam folcstede fynd oferwunnen

eðelweardas, ealdhettende
 swyrdum aswefede. Hie on swaðe reston,
 þa ðe him to life laðost wæron
 cwicera cynna. Ða seo cneoris eall,
 mægða mærost, anes monðes fyrst,
 wlanc, wundenlocc, wagon ond læddon
 to ðære beorhtan byrig, Bethuliam,
 helmas ond hupseax, hare byrnan,
 guðsceorp gumena golde gefrætewod,
 mærra madma þonne mon ænig
 asecgan mæge searþoncelra;
 eal þæt ða ðeodguman þrymme geeodon,
 cene under cumblum on compwige
 þurh Iudithe gleawe lare,
 mægð modigre. Hi to mede hyre
 of ðam siðfate sylfre brohton,
 eorlas æscrofe, Holofernes
 sweord ond swatigne helm, swylce eac side byrnan
 gerenode readum golde, ond eal þæt se rinca baldor
 swiðmod sinces ahte oððe sundoryrfes,
 beaga ond beorhtra maðma, hi þæt þære beorhtan idese
 ageafon gearoþoncolre. Ealles ðæs Iudith sægde
 wuldor weroda dryhtne, þe hyre weorðmynde geaf,
 mærdæ on moldan rice, swylce eac mede on heofonum,
 sigorlean in swegles wuldre, þæs þe heo ahte soðne geleafan
 to ðam ælmihtigan; huru æt þam ende ne tweode
 þæs leanes þe heo lange gyrnde. Ðæs sy ðam leofan drihtne
 wuldor to widan aldre, þe gesceop wind ond lyfte,
 roderas ond rume grundas, swylce eac reðe streamas
 ond swegles dreamas, ðurh his sylfes miltse.

1.3. *Judith*: Traducción en verso aliterativo.

Siempre he defendido como traductor de poesía antigua que no podemos olvidar el hecho de que, ante todo, eso es lo que estamos traduciendo: poesía. Cuando traducimos un poema compuesto en inglés

antiguo a otras lenguas es necesario mantener un cierto grado de musicalidad, de ritmo, en el texto. Creo que todavía hoy sigue vigente aquel viejo aforismo de Valentín García Yebra (1983: 13), tantas veces citado y muy pocas veces seguido, que decía: “vale más una buena traducción en prosa que una mala traducción en verso, pero una buena traducción en verso vale más que una buena traducción en prosa”. Y el significado del valor de “buena traducción” debería entenderse como ya expliqué hace un tiempo (Bueno 2001: 29-30): “Y text that manages to transfer X text at all levels. And if in the rendering we could abide by the formal requirements of poetry, so much the better”. Esto es especialmente importante cuando se traduce poesía desde el inglés antiguo.

Richard Marsden (2005: xvii), a la hora de explicar la filosofía de las glosas en su *reader* anglosajón, señalaba que su intención era la de guiar al lector en la comprensión de lo que

the OE writers appear to *say*, not to insist on what they ‘mean’, nor merely to facilitate the production of a honed modern version which smoothes out all the wrinkles. Those wrinkles may be important, especially in poetry.

Estoy de acuerdo con Marsden en que en la poesía el detalle, la precisión, esos flecos o arrugas que no han de dulcificarse ni simplificarse, son importantísimos. Quien así traduzca, simplifique, y cambie, bien por desconocimiento supino de la lengua original (cosa que a veces sucede en las traducciones de lenguas antiguas y/o *exóticas*), bien por manipulación manifiesta, no estará haciendo lo que debe. Pero Marsden (2005: xxviii) parece querer decir que todas las traducciones son así, aún cuando sean grandes trabajos: “they [translations] may be enjoyable enough to read, and in some cases they are highly accomplished, but they stray regularly from literal meaning and all too often from the original poet’s intention”. Veo en esto una contradicción, pues ¿dónde se encuentran las intenciones originales del poeta?

¿en lo que dice (*say*) o en lo que quiere decir (*mean*)? Si antes Marsden abogaba por una lectural literal, esa misma lectura se contradice con el respeto debido a las intenciones del poeta. Él mismo en muchas de sus glosas y sus notas ofrece una traducción, una interpretación, una paráfrasis posible que une ambos conceptos: la lectura literal y lo que está debajo de esa lectura literal y que constituye las intenciones del poeta. Quizás Marsden crea —y en eso no puedo estar más de acuerdo con él— que hay muy pocos capacitados para traducir poesía del inglés antiguo con garantías. Pero esos pocos que hay lo pueden hacer muy bien. Y en esa tarea difícil siempre tenemos que poner especial énfasis en la comprensión de las dos vertientes que Marsden defendía: la aproximación inicial filológica a lo literal y la consideración pausada del sentido subyacente a esas intenciones del poeta que solo el texto es capaz de transmitirnos y solo nuestro dominio de la lengua y el estilo será capaz de trasladarlo a la lengua de llegada.

Está claro que nada sustituye a la lectura de la obra en su lengua original. Una de las experiencias más enriquecedoras que un anglosajonista puede tener es la lectura pausada en inglés antiguo del texto a traducir. Pero solo unos pocos especialistas pueden hacer eso, y la buena literatura tiene que ponerse al alcance de los lectores, académicos o no. Y eso solo puede hacerse por medio de traducciones que, eso sí, intenten darle al lector un texto por medio del cual pueda tener una experiencia lo más cercana posible a la lectura del texto original y le haga apreciar su estilo, su dicción, su elegancia y su belleza. Por muy difícil que parezca esta ha sido siempre mi opción inicial.

Siguiendo lo expuesto tanto aquí como en otros trabajos previos (Bueno 2007, 2010 y 2011), mi intención es la de ofrecerle al lector un texto en verso que a) tenga un cierto grado de flexibilidad estructural, b) mantenga un cierto patrón de la estructura rítmica y de versificación original, c) posea un lenguaje poético que huya de explicaciones y expansiones prosaicas y d) haga el esfuerzo

de traducir poesía por poesía. Formalmente la aliteración quizás sea el rasgo más representativo de la poesía anglosajona. De este modo, la exigencia formal que sigue esta traducción es la de obtener en cada verso por lo menos dos – más si es posible: hay versos con tres y cuatro– posiciones aliterativas. Mi procedimiento para representar la estructura métrica del poema es el de producir un verso que tenga de dos a tres posiciones aliterativas y que estas se obtengan por los medios compositivos (sintácticos o léxicos) precisos en cada caso para adaptar la tremenda fuerza poética de este y otros rasgos (como la *variatio* o el uso de *kenningar*) al estilo de la poesía en español. Esto es algo que, como ya he comentado anteriormente, creo que he logrado conseguir en las traducciones anteriormente mencionadas o, por lo menos, así lo han considerado algunos críticos de mi labor traductológica (Conde 2008, Pérez 2010). Corresponde ahora al lector juzgar si el texto de *Judith* aquí presentado sigue cumpliendo estos estándares de calidad.

He mantenido la división original del texto en tres partes señaladas en números romanos y un inicio fragmentado. Al igual que en la lectura editorial del manuscrito he optado por indicar el número de versos globales de cada parte siguiendo al número romano en la sección correspondiente, pues creo que esto es algo que da mayor fluidez al verso y que produce una sensación de comprensión global. Por último, quiero señalar que de nuevo (por las características del volumen) he querido ofrecer un texto sin imposturas, sin citas ni notas que interrumpen la lectura, huyendo de lo prosaico para mantener el elemento aliterativo y ofrecer un estilo poético en lengua española acorde con el original anglosajón. Quiero que el lector se enfrente primero con lectura de este texto poético para que obtenga una apreciación inicial y directa por sí mismo. De esa forma, tras la primera y personal impresión, podrá lanzarse más tarde a la lectura atenta del estudio y comentario al excelente cuidado de Laura Torrado Mariñas que, a buen seguro, contribuirá a guiar al

lector hacia una mayor y mejor comprensión y apreciación del magistral texto que el anónimo poeta puso por escrito en los folios del *Cotton Vitellius AXV* y que en español resuena como sigue:

JUDITH

Inicio (versos 1-14)

(...) Judith tenía dudas
de los regalos recibidos en esta vasta tierra.
Allí encontró con presteza la protección
del señor de la creación cuando más necesitó
del favor del más alto juez, del señor de la gloria,
para que la guardase del más grande de los terrores.
El Padre de los cielos le concedió su petición, pues
siempre tuvo verdadera fe en el todopoderoso.
Escuché entonces que lleno de entusiasmo
Holofernes mandó invitar a muchos a un festín
y proveer para aquel banquete todo tipo
de magníficas maravillas. El príncipe de los hombres
convocó al convite a sus camaradas de más experiencia.
Los guerreros le obedecieron con gran premura,
fueron a ver al poderoso señor, líder del pueblo.
Todo esto tuvo lugar tras pasar cuatro días
desde la primera vez que le visitó
Judith, la de pensamiento prudente,
aquella mujer de maravillosa belleza élfica.

X (versos 15-121)

A la fiesta fueron y allí se sentaron
a beber vino aquellos bravos hombres
en sus cotas de malla, todos sus camaradas
en la maldad y en la miseria; por los bancos pasaban
profundos cuencos y copas bien repletas,

y se traían cántaros a aquellos sentados en la sala; allí los recibían, a los marcados por la muerte, a los bravos guerreros que baten escudo, sin que lo previese aquel poderoso hombre, el terrible señor de los héroes. Holofernes, amigo dorado para sus compañeros, se puso contento por lo mucho bebido; rió y rugió, vociferando en un crecer de gritos y clamores tan grande que los hijos de los hombres podían escuchar desde bien lejos cómo el de corazón fiero se ponía furioso y gritaba. Con frecuencia Holofernes, arrogante y borracho de hidromiel, alentaba a sus invitados a que lo pasasen bien; de este modo, durante todo un día, aquel malvado y adusto dador de tesoros tuvo bebiendo vino a sus camaradas hasta que cayeron inconscientes; toda su tropa acabó tan borracha, como tumbada por la muerte, vacía de toda virtud.

Entonces, el príncipe de los hombres pidió que se siguiera sirviendo a los que allí estaban sentados en la sala, hasta que la noche oscura se cernió sobre los hijos de los hombres.

Más tarde, infectado por el mal, mandó que le trajesen de prisa a aquella bendita doncella hasta su cama, hermosamente adornada con brazaletes, ataviada con anillos. Así lo hicieron con presteza sus camaradas tal y como les había ordenado el guardián de los guerreros en sus cotas de malla. Se movieron entre la algarada de la sala de invitados donde dieron con la sabia y prudente Judith, y con presteza los guerreros que portan escudo comenzaron a conducir a la hermosa doncella hasta la noble tienda donde el gran Holofernes, odiado por el Salvador, siempre se daba descanso durante la noche.

Había una hermosa mosquitera, toda de oro,

que el malvado general y señor de los guerreros, tenía colgada sobre su cama; tal era su forma que podía espiar a cualquiera de los hijos de los hombres que quisieran entrar allí sin que ninguna de aquellas criaturas de humana condición pudiera verle; esto solo era posible si el poderoso Holofernes mandaba que algún malvado de los suyos se le acercase para alguna consulta privada. Con presteza pusieron a la prudente mujer en su cama. Con decisión los hombres le dijeron a su señor que la santa doncella ya se había puesto en la parte más privada de su tienda. Contento en su corazón se puso el bien conocido señor de las ciudades, pues quería profanar aquella radiante belleza con pecado y con bajeza. El juez de la gloria, el guardián majestuoso, el Señor de las selectas huestes, no lo iba a permitir, y previno que pasara tal cosa. Entonces, aquel hombre diabólico, despiadado y lascivo, acompañado de un grupo de sus guerreros se fue en busca de su lecho, de aquel lugar donde iba en tan solo una noche a perder su vida súbitamente. Un violento final en esta tierra le venía a Holofernes, tal como se lo tenía merecido este severo señor de los hombres a lo largo de su vida bajo el manto de las nubes de este mundo. El poderoso hombre se cayó en medio de su cama, tan borracho por el vino bebido que ni siquiera su mente mostraba ya sus intenciones. Los guerreros se fueron del lugar con gran prisa; aquellos hombres hartos de vino habían conducido al mendaz traidor, al odioso tirano del pueblo hasta su cama por última vez. Fue muy consciente la gloriosa doncella del Salvador de cómo sacarle la vida con sencillez a aquel monstruo sucio y pecador antes de que se despertase. La doncella del Creador,

de cabellos trenzados, tomó entonces una espada bien afilada, un arma firme en el fragor de la batalla, y la desenvainó con su mano derecha. Comenzó a nombrar por su nombre al guardián del cielo, al salvador de todos los habitantes de la tierra, y pronunció estas palabras: “Quiero pedirte, Dios de la creación, espíritu de consuelo, hijo del todopoderoso, gloriosa trinidad, que me des tu favor ahora que tanto lo necesito. Tengo el corazón encendido en mi interior y turbia la mente, muy afligida por la pena. Señor del cielo, dame victoria y fe verdadera para que así pueda eliminar con esta espada de un tajo al que trae tanto tormento. Concédeme la salvación, poderoso señor de los hombres. Nunca he tenido necesidad de tu merced tanto como ahora. Tú, que traes la gran gloria, poderoso señor, véngame ahora de eso que tanto aflige mi mente, que tanto inflama mi corazón”. Entonces, como lo hace con todos los habitantes de la tierra que buscan en él ayuda con fundamento y fe verdadera, el más alto juez le inspiró de inmediato con gran fervor. La santa mujer sintió entonces su mente aliviada, y tuvo renovadas esperanzas. Cogió con fuerza el cabello de aquel hereje y con sus propias manos lo puso cerca suyo, situando hábilmente a aquel miserable malvado para poder manejarlo con facilidad. Entonces, la mujer de cabellos trenzados golpeó al fiero enemigo con el filo de la brillante espada cortándole medio cuello; tal yacía ahora sin sentido, borracho, herido. Más no muerto aún, no del todo sin vida. La mujer de gran valor golpeó con fuerza una vez más al perro hereje, tal que su cabeza cayó rodando por el suelo. Su sucio cuerpo yacía detrás, muerto. Su espíritu partió hacia otro lugar, en lo más profundo

de la tierra, y allí fue postrado y encadenado al tormento
por siempre jamás, rodeado de serpientes,
cercado por castigos, cruelmente apresado en
los fuegos infernales desde que allí fue recibido.
Envuelto en la oscuridad, Holofernes nunca halló
causas para tener confianza en
salir de aquella sala de serpientes. Mas al contrario,
pues en ella habría de permanecer eternamente,
por siempre jamás y sin final, en aquel sombrío hogar
privado de los placeres de la esperanza.

XI (versos 122-235)

Gran gloria había ganado Judith
en el combate, pues así se la concedió
Dios, señor del cielo, al darle la victoria. Después,
la prudente mujer colocó con presteza
la cabeza del guerrero, aún cubierta
de sangre en un saco en el que
su acompañante, una mujer de muchas virtudes
y complexión pálida, había traído comida para ambas.
Judith puso el sangriento saco en manos
de su sensata sirvienta para que lo cargase
hasta su hogar. Las dos valientes mujeres
salieron de allí de seguido hasta que,
triunfantes y felices las dos, se fueron
bien lejos de aquella banda de guerreros
y pudieron ver con claridad cómo
brillaban en la ciudad de Betulia
sus maravillosos muros. Bien adornadas
de anillos echaron a correr camino adelante
hasta que, contentas en su corazón, alcanzaron
la puerta de entrada a la muralla. Muchos guerreros,
hombres bien atentos, guardaban el baluarte
allí sentados, tal y como la sabia doncella se lo había
pedido cuando partió lejos de su pueblo en pena.

Aquella valerosa y bienamada mujer había vuelto ante su pueblo. La prudente Judith le pidió con presteza a un hombre de los que habitaban en aquella gran ciudad que se acercase a ella y les permitiese pasar por la puerta de la muralla; y pronunció estas palabras ante su pueblo victorioso: “Puedo deciros una cosa memorable y muy de agradecer para que no tengáis por más tiempo que afligir con penas vuestro pensamiento. Está con vosotros el gran soberano, la gloria de los reyes. Por toda la tierra se ha hecho saber que el triunfo y la gloria de la victoria vienen de camino, y que tal honor se os ha concedido por las penas padecidas tanto tiempo”. Entonces, los moradores de la ciudad se mostraron alegres al oír cómo la santa mujer hablaba así sobre sus altos muros. El ejército estaba extasiado, y se encaminó el pueblo con presteza a la puerta de la fortaleza; hombres y mujeres, en muchedumbre sinnúmero, en gran gentío, en multitud de miles, jóvenes y ancianos, se dirigieron deprisa hacia la doncella del señor. Muy contento se puso el ánimo del pueblo, de todos en Betulia, ciudad con sala de bebida, cuando vieron que Judith había vuelto a su tierra natal. Y con premura y reverencia, la dejaron pasar. Entonces, la prudente mujer, cubierta con adornos de oro, le pidió a su sensata sirvienta que descubriese la cabeza del guerrero y la mostrase, llena de sangre, a los que moraban en Betulia como prueba de la ayuda recibida en la batalla. Entonces, la noble mujer pronunció estas palabras a su pueblo: “Aquí podéis contemplar con claridad, héroes victoriosos, al líder del pueblo y su cabeza, la del más odioso de los paganos guerreros, la de Holofernes sin vida, aquel entre los hombres que cometió contra nosotros los más grandes crímenes, nos causó los más penosos padecimientos, y deseó sin duda proporcionarnos incluso más.

Pero Dios no le concedió una larga vida para que pudiese consternarnos con el mal. Con su ayuda yo se la arranqué. Ahora quiero pedirle a cada hombre ciudadano, a cada soldado, que de súbito se precipite hacia al combate, tan pronto como el Dios creador, ese monarca de la gloria, nos mande desde el este su radiante rayo de luz. Avanzad hacia las tropas del enemigo, con el tilo de vuestros escudos protegiéndoos el pecho, las cotas de malla, los cascos brillantes. Con vuestras resplandecientes espadas rebanadles la cabeza a sus comandantes, líderes ya malditos. A morir están condenados vuestros enemigos, y hallareis la honra y la gloria en la pelea, pues el poderoso Dios ya os lo ha mostrado a través de esta mano mía”. Entonces, una hueste de hombres fervorosos y bien bravos se prepararon con presteza para el combate. Nobles guerreros y camaradas dieron un paso al frente portando banderas de victoria. A la batalla los héroes con sus cascos se dirigieron con decisión desde aquella santa ciudad a la misma salida del sol aquel día. Con brío batieron los escudos y muy alto resonaron. El lacio lobo se alegró en el bosque, como también lo hizo el oscuro cuervo, ave deseosa de carroña. Los dos sabían bien que los soldados les iban a servir un festín con aquellos ya malditos condenados a morir. Tras ellos venía volando el águila, bien hambrienta, con su pardo plumaje, cubierto de rocío. El ave de compacto pico cantó una canción de combate. Aquellos que habían padecido el insulto de los paganos y la insolencia del forastero avanzaron; guerreros guarecidos tras la curva madera de sus escudos de tilo. Penosamente pagaron los Asirios por todo ello

en el combate, juego de lanzas, cuando a su campamento se acercaron los Hebreos con sus belicosas banderas. De sus arcos curvados como cuernos salió volando un aguacero de flechas, sierpes de la guerra, con sus puntas fuertemente forjadas. Con fuerza rugieron los guerreros en su rabia, mandando lanzas hacia aquel montón de miserables. Los hebreos, habitantes nativos del lugar, mostraron su rabia contra la odiosa raza asiria y cargaron contra ellos, con decisión, bien dispuestos, abalanzándose violentamente sobre sus viejos enemigos, abotargados y borrachos por la hidromiel bebida. Con sus propias manos aquellos camaradas sacaron silbando sus escintilantes espadas de las fundas, todas con fuerte filo, y con ellas dieron muerte con ganas a los guerreros asirios, aquellos que siempre maquinaban maldades. Humildes o poderosos, si podían ser vencidos, no dejaron con vida ni a uno solo de los soldados de aquel ejército.

XII (versos 236-349)

De este modo, cuando llegó la mañana, los camaradas compañeros dieron caza todo el tiempo a la hostil hueste asiria hasta que los vigías de este ejército enemigo vieron que los Hebreos les estaban dando durísimos mandobles. Los vigías fueron a ponerle voz a todo lo visto ante sus camaradas de más antigua condición y borrachos como estaban de hidromiel les contaron con temor las horrendas nuevas que traían, el terror de la mañana, el terrible juego de espadas. Según tengo oído, súbitamente aquellos soldados malditos condenados a morir, despejaron la modorra de golpe y en vencida muchedumbre fueron a ver

al malvado Holofernes a su tienda. Tenían el deseo de darle de inmediato a su señor noticias del combate antes de que cayese sobre ellos el terrible poderío de los Hebreos. Pensaban que el líder de los hombres y la luminosa doncella seguían juntos en aquella hermosa tienda: Holofernes, aterrador, desmesurado, disoluto y la noble Judith. Sin embargo, ni uno solo de aquellos soldados nobles se atrevió a sacar del sueño al guerrero o a preguntar que tal se lo había pasado con la santa doncella, la mujer del señor. Hasta ellos llegó el poderío del pueblo hebreo. Con fuertes espadas pelearon vigorosamente, y con violencia saldaron sus viejas cuentas, sus conflictos de antaño, con el fulgor de los filos. La fama de los asirios fue así destruida tan solo con las tareas de un día; su orgullo, postrado; los guerreros permanecieron a las puertas de la tienda de su señor, con el espíritu en sombra, muy inquietos. Todos a una empezaron a toser, a dar fuertes gritos, a rechinar los dientes, sintiendo gran sufrimiento y pena en vano. Sus hechos de valor, sus glorias y triunfos iban a terminar allí a buen seguro. Los nobles siguieron pensando en cómo podrían despertar a su señor, más no dieron con la forma. Se iba haciendo cada vez más tarde cuando uno de los soldados encontró el coraje suficiente para meterse en la tienda con mucho valor y riesgo, forzado por la necesidad. Fue entonces cuando descubrió a su señor yaciendo en la cama desprovisto de espíritu, pálido, sin vida alguna. Cayó paralizado al suelo, súbitamente, y de modo salvaje comenzó a desgarrarse las ropas y el cabello, y pronunció estas palabras a los guerreros que estaban fuera, desolados: “El futuro bien se ha manifestado, y aquí mismo ha mostrado

claramente ante nosotros nuestra propia destrucción. Ya casi ha llegado la hora de nuestra caída, el instante en el que juntos pereceremos en el combate, pues aquí yace nuestro líder cortado por la espada y sin cabeza". Llenos de pena arrojaron sus armas y partieron desolados dejándolo allí para huir bien de prisa. El pueblo poderoso les siguió combatiendo desde atrás hasta que la mayor parte de aquella horda cayó destrozada por el combate, en aquel campo de victoria, cortada en pedazos por las espadas para placer de los lobos y disfrute de las aves con ganas de carroña. Los que aún vivían volaron escapando del tilo hecho armas que tenían sus enemigos. La armada hebrea, honrada con la victoria, llegó tras ellos, llena de gloria por lo que deparó el destino. El señor Dios todopoderoso les trajo ayuda con generosidad. Seguidamente, por entre el odiado enemigo aquellos soldados bravos se abrieron bélico camino con sus brillantes espadas destrozando el muro de escudos defensivos. Los lanceros hebreos luchaban con ganas en el combate, contienda de lanzas largamente deseada en aquel tiempo por los nobles camaradas. Del total de los nobles líderes de Asiria, nación odiosa, la mayor parte cayó allí mordiendo el polvo. Muy pocos volvieron con vida a su tierra natal. Los valientes guerreros se retiraron entre la carroña de cadáveres malolientes. Muchos de los moradores del lugar tuvieron ocasión de tomar un botín sangriento de aquellos sus más odiados y antiguos enemigos, ya sin vida: bellos adornos, escudos, buenas espadas, cascos bruñidos y brillantes, preciosos tesoros. Los guardianes de la patria gloriosamente habían conquistado al enemigo, sus contrarios de antaño, dándole muerte con la espada. Aquellos que mientras vivieron habían sido los más odiosos de entre los vivos

reposaban ahora tras ellos. Toda la nación,
la más grande de las tribus, los orgullosos de trenzados
cabellos cargaron y condujeron durante un mes
hasta la brillante ciudad de Betulia,
espadas de cinto, cascos, cotas de malla
grises, doradas armas de guerrero de entre
los mejores tesoros que pudiesen mencionar
los hombres que saben de lo que hablan.
Todo aquello se ganó por la gloria de los guerreros,
bravos bajo las banderas en la batalla,
siguiendo el cauto consejo de Judith,
la audaz doncella. De aquel viaje los valientes
soldados le trajeron la espada y el sangriento
casco de Holofernes, y su gran cota de malla,
adornada con oro rojo, a modo de recompensa,
y todo lo que el arrogante señor de los soldados
tenía, ya fuesen tesoros, anillos, brillantes
riquezas o reliquias personales. Todo esto
se lo dieron a la brillante mujer de despierta
sagacidad. Todo esto agradeció Judith
al señor de las huestes, que le dio honor
y renombre en el reino de esta tierra, y en recompensa
celestial el premio de la victoria en la gloria del cielo,
pues poseía fe verdadera en el todopoderoso.
No dudó al final de la recompensa largamente deseada.
Por ello glorifiquemos por siempre al Señor bienamado,
que le dio forma a los mares furiosos, al aire
y los vientos, a la vasta tierra y los cielos,
y al goce del cielo a través de su mismísima gracia.